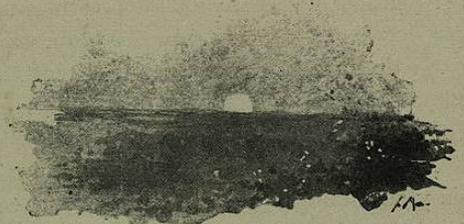


de una esfera de cristal, ó ya la de un disco convexo.

Partió la Hada, y en los primeros momentos todo fué alegría entre aquellas florecillas; pero poco á poco comenzaron á sentir un calor desconocido y terrible. Los rayos del sol, concentrándose en aquellas gotas de agua, penetraban como dardos de fuego hasta el corazón de las flores; y antes de que esas gotas se hubieran evaporado, las flores doblaban la cabeza mustias y marchitas.

Cuando soplaron en la noche las auras, ninguna flor de aquéllas pudo ya sentir sus caricias.



LA EXPIACIÓN



LA EXPIACIÓN

De boca en boca, y rápidamente, se difundió una mañana por el honrado pueblo de Torrepintada la escandalosísima noticia de que Lucía, una de las muchachas más virtuosas y más guapas del lugar, había desaparecido, abandonando á la tía Ruperta, de quien recibiera cuidados maternos y moral y cristiana educación.

Los móviles de aquella fuga se adivinaban, ó, mejor dicho, se habían averi-

guado por las viejas más curiosas del pueblo, que, refiriéndose unas á otras lo que habían visto, y atando cabos, venían á reducirse á que la virtud de la chica había naufragado en el tempestuoso mar de sus amores con el hijo de un indiano que pocos días antes regresó á la Habana, abandonando á la infortunada Lucía.

Torrepintada era un pueblo ejemplar, de costumbres purísimas, y jamás soltera, casada ó viuda habían dado allí qué decir.

Ninguna mujer del pueblo tenía historia, y las familias eran irrepreensibles.

*
**

La desaparición de Lucía no había sido tan sin conocimiento de la tía Ruperta como en el pueblo se figuraban; buscando un alivio á su dolor, la muchacha contó á su madre adoptiva cuanto le pasaba, sin ocultarle siquiera que iba á ser madre.

Doña Ruperta lloró, riñó y acabó por consolar á la sobrina y aconsejarle que saliese del pueblo sin ser notada y se

fuera á la ciudad próxima, en donde tenían una parienta lejana.

*
**

Lucía fué madre de una preciosa niña, que murió pocos días después de nacida, y ella por todo el oro del mundo no hubiera vuelto á Torrepintada. No hacía más que recordar á sus conocidas y amigas, y al punto sentía encenderse su rostro de vergüenza. ¡Ella! ¡Ella era la única que desde tiempos inmemoriales había manchado las honradas tradiciones del pueblo y las nunca bien ponderadas virtudes de sus mujeres!

Meditó, se aconsejó y vino al fin en resolverse á servir de nodriza con alguna señora bien acomodada.

Casualmente por aquellos días, que eran los del verano, la joven esposa de un opulento capitalista necesitó un ama, y como llovida del cielo presentóse Lucía, que, después de reconocida por los médicos y previo el largo interrogatorio que acostumbran las madres en casos semejantes, fué admitida al servicio de aquella señora.

- El niño que la había tocado criar era tan dulce y tan bello como un ángel; la señora, amable y cariñosa; el capitalista, un hombre de mundo y con un carácter franco y benévolo. Lucía creyó haber llegado al Paraíso. ¡Qué trajes de pasiega le encargó la señora! ¡Qué collares y qué pendientes de monedas de plata! ¡Qué sayas! Y, en fin, ¡qué consideraciones y qué mimos!

Lo mejor de la comida era para el ama. Siempre cuidando de si había almorzado, de si le daban bueno y bastante vino; y como la chica era tan guapa, el matrimonio estaba encantado de ver al niño en poder de aquella nodriza.

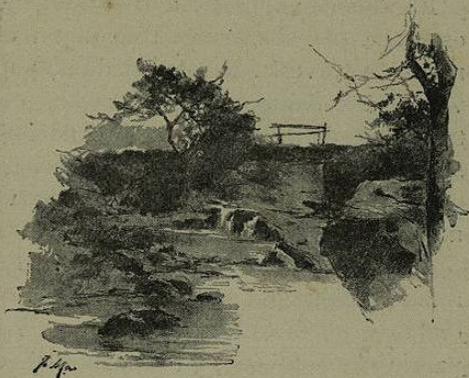
*
* *

Una tarde, cuando estaban en un establecimiento balneario, el carruaje llegó al hotel un poco más temprano que de costumbre, como indicando que el paseo iba á ser un poco más largo.

Montaron en el coche los señores, y el ama, llevando al niño, ocupó su asiento de costumbre.

Durante algún tiempo, Lucía, distraída

con el niño, miraba indiferentemente la ruta que seguían; pero poco á poco fué pareciéndole que aquel camino lo había recorrido otras veces; los árboles, las casas, los puenteillos y hasta esos mon-



tones de piedras que los peones camineros ponen cerca de las cunetas para cegar los baches le parecieron viejos conocidos, y un movimiento de terror sacudió su corazón. No le quedaba duda: aquel era el camino que iba á su pueblo; sin duda los señores se dirigían allá, y ¿cómo iba á presentarse allí, que la habían conocido tan buena, tan pura? ¿Cómo iban á verla

sirviendo de nodriza, ellas, tan intolerantes, tan honradas?

Quiso preguntar á la señora, pero no se atrevió, más que por discreción, porque se le figuraba que eso era como recordar su falta.

En aquella angustia, á cada momento esperaba que el carruaje tomara un camino de travesía. Iba de espaldas, pero volvía á cada momento el rostro con tanta agitación, que al fin lo conoció la señora y le dijo con semblante risueño:

—Ama, ya llegamos á su pueblo; vamos á visitar á D. Lorenzo de Torija.

Lucía creyó desmayarse; aquel D. Lorenzo de Torija, el más rico y más aristócrata del pueblo, era nada menos que su padrino de bautismo, y todas las mujeres de la casa la conocían perfectamente.

El destino fué inflexible, y pocos minutos después el coche entraba en el pueblo, y los vecinos se asomaban por puertas, por ventanas y por tapias á ver á los viajeros, y con esa vista perspicaz de las gentes del campo, pocos hubo que no conocieran á Lucía.

Para aquel pueblo, la llegada de unos viajeros era un acontecimiento; pero la

presencia de Lucía un escándalo, casi un insulto á la moralidad de los vecinos.

En la casa de D. Lorenzo el recibimiento no pudo ser mejor; los amos de Lucía eran personas de gran respeto y de gran cariño para el rico del pueblo. Él era su banquero en la capital de la provincia y le servía de empeño en cuanto allí se le ofrecía; además, D. Lorenzo era un viejo comerciante que había viajado mucho; hombre que conocía el mundo y que, cansado ya, se había retirado á vivir tranquilamente al pueblo de su nacimiento, y además, como la bandera cubre la mercancía, recibió á la ahijada como si no hubiese noticia de cuanto había pasado, y recomendó á sus criados que, mientras los señores tomaban la merienda en la sala, cuidaran de que el ama merendara y paseara con el niño por el amplio y bien cultivado jardín.

Las criadas no dejaron nada por escudriñar respecto á la vida de Lucía: cuánto ganaba, cómo la vestían, cómo la trataban, si estaba contenta, si paseaba mucho, si era dichosa, y todavía los señores no se despedían de D. Lorenzo, y ya por todo el pueblo corrían y se sabían aque-

llas noticias como si se hubieran publicado en la hoja extraordinaria de un periódico.

Llegó la hora del regreso, y al atravesar por segunda vez por las calles del pueblo, la pobre Lucía, casi enferma de vergüenza y de remordimiento, agotada por aquel esfuerzo de disimulo, sintió que aquella tarde había sido la expiación de su falta. ¡Terrible ejemplo para las hijas del pueblo!



Por una casualidad, al siguiente verano seis mozas solteras de Torrepintada solicitaban en balnearios de aquella provincia colocación de *amas de cría para casa de los padres.*

EN UNA CASA DE EMPEÑOS

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA

EN UNA CASA DE EMPEÑOS



EN UNA CASA DE EMPEÑOS

Enrique Granier era un francés de gran corazón, y, sin embargo, se había establecido en Méjico abriendo una casa de empeños.

No quiere decir eso que yo juzgue

hombres de malos sentimientos á los que tienen casas de empeños; pero hay, sin embargo, necesidad de tener un carácter especial para fundar la propia ganancia en la desgracia ajena; porque es seguro que solamente van á buscar el remedio en el empeño los perseguidos de la suerte, y allí se apuran hasta los últimos recursos, y allí, tras lo superfluo, va lo necesario: después de la joya, llegan hasta el colchón y las prendas más indispensables.

Se encuentra allí, es cierto, la salvación del momento, pero se prepara la angustia de lo por venir.

A pesar de eso, siempre el que sale de aquella casa muestra en el rostro algo de satisfacción; y es natural, pues si á dejar fué la prenda, sale con el dinero que remedia una necesidad ó salva de un compromiso; si á recuperarla fué, sale contento con ella, porque vuelve á reconquistarla después de haberla creído perdida, y es ya un augurio de mejores tiempos. Pero, á pesar de todo, es triste contemplar aquella multitud de objetos, cada uno de los cuales es el símbolo de una angustia, de un sacrificio, de un do-

lor, y cada persona de las que vienen sueña que lleva un objeto de gran valía, que simboliza para él la esperanza de salvación, y se encuentra con el frío razonamiento del comerciante, que no ve en aquello el último recurso de una familia sin pan, sino una prenda que definitivamente puede venderse para cubrir la suerte principal y el interés del préstamo.

Y yo le hacía todas estas reflexiones á Granier, y él me contestaba:

—Mire usted, en el fondo tiene usted mucha razón; pero en la lucha por la existencia los sentimientos románticos entran por muy poco en el cálculo. Además, el hombre se acostumbra á todo; se procura tratar á los clientes con la mayor benevolencia, y siempre viene con la reflexión este razonamiento: tienen que existir estas casas de empeños; y de no tenerlas yo, las tendría otro, que quizá fuera más rudo y sacrificara á los pobres.

—Tiene usted razón también; pero ahí, detrás de ese mostrador, habrá usted comprendido todas las miserias de la humanidad, habrá usted presenciado escenas conmovedoras.

—Sí, cosas terribles; oiga usted una

historia muy sencilla, pero que á mí me conmovió profundamente.

—Cuéntemela usted.

*
**

Era una tarde del mes de Diciembre; el tiempo estaba muy frío; obscurecía, y ningún parroquiano asomaba por la puerta de la casa. Iba yo á cerrar para arreglar mis cuentas, cuando entró una niña pequeñita, como de seis años, vestida muy pobremente, y que se acercaba como vacilando y con timidez al mostrador. Me causó compasión instintivamente, y como no alcanzaba para hablarme, me incliné sobre la mesa para verle la cara.

—¿Qué quieres?—la pregunté.

—Nada.

—¿Cómo nada? Pues entonces, ¿á qué vienes?

—Porque mi papá y mi mamá están enfermos en la cama, y no han comido en todo el día porque no tenemos, y yo vengo á empeñar.

—¿Vienes á empeñar? ¿Qué traes para empeñar?

Y ella entonces sacó de debajo de un

viejo y destrozado rebocillo con que se cubría un objeto pequeño, que me presentó con una especie de orgullo, al mismo tiempo que de dolor, y como quien sacrifica una riquísima alhaja, diciéndome:

—Pues vengo á empeñar mi rorro.

Era un rorro viejo y maltratado, que seguramente no valía dos céntimos.

Comprendí todo lo que pasaba en el corazón de aquella niña; el valor tan grande que daba á su muñeca; el doloroso sacrificio que hacía por sus padres al empeñarlo, y la esperanza tan lisonjera de obtener por él una gran suma.

—¿Y qué hizo usted?—le pregunté á Granier.

—Pues sentí un nudo en mi garganta, y, sin poder hablar, le dí á la niña cinco duros y le devolví su rorro, y me quedé llorando como un tonto sobre el mostrador.

